

—Siguió largo rato la conversacion en ese sentido, es decir, dándome Doña Margarita buenos consejos que sabia yo apreciar, y por último me dijo.

—¡Vaya Genaro, ya te habré fastidiado con mis largos sermones! pero es preciso hijo mio que la experiencia de los viejos se derrame sobre los jóvenes, para que no estando ciegos, sepan hacer frente á las pasiones y vencerlas con las armas que la experiencia suministra.

—Es cierto Doña Margarita, le repliqué, léjos de fastidiarme sus discursos, tengo un particular placer en escucharlos.

—Te lo agradezco mucho, pero las muchachas te esperan con impaciencia, y mientras yo dispongo que la comida esté lista, anda tú con ellas.

Obdecí como era natural á Doña Margarita, y me dirigí no sin cierta repugnancia á la pieza donde estaban; no tenia ya el mismo gusto en verlas, porque el carácter que habia tomado el cariño de Julia me molestaba mucho; pero aunque me contrariaba esto, no era posible evitarlo, y ménos aun demostrárselos así, siendo como eran tan extremosamente suceptibles. Tuve pues que hacer el ánimo, y entré; Sofia con su natural candor, se levantó del asiento en que estaba sentada; y dándome unas palmadas en el hombro.

—¡Pícaro me dijo, como te haces desear! ya fui á escuchar lo que tratabas con mamá, y era sobre que debias venirte á vivir entre nosotras, y entónces me conformé con que te estuvieses con ella, porque eso nos traia provecho; ¿verdad que ya todo está arreglado, y que vienes á habitar en esta casa?

Era un compromiso responder á mis amiguitas, porque si les decia la verdad, comensarian á disgustarse conmigo, y si les mentia, tendrian luego justo motivo para disgustarse tambien; deliberando, pues sobre esto, me propuse darles la respuesta siguiente, que era en todo caso la ménos comprometida.

—Sofia, no te he de contestar la pregunta que me haces, porque es á tu mamá á quien he encargado sea la intérprete de mis sentimientos, ella será la que les manifestará si me quedo ó nó entre vds., y no creo fueran vds. de una opinion contraria á la suya, hasta el punto de molestarse de la decision que con ella hubiese tomado.

Sofia me vió con fijeza, mientras Julia, que se encontraba cerca de la ventana, bordando, me dijo con un aire como enojado y sarcástico.

—Genaro, te conozco demasiado, para que se me oculte ni un solo momento la resolucion que tienes ya tomada, y para probarte que no hablo